

# Excesos

Camilo González Espitia

Si fui soberbio, fue para no sucumbir a un derrumbe propio que me pareció ineludible. Si tuve excesos, ellos apenas mostraron una frágil imagen de los tuyos.

*Terceto*, PABLO MONTOYA

*Bogotá, 3 de diciembre de 2014*

Acaban de servir el té, tu favorito, el que empañá de bergamota el aire aun dentro de la tetera. Por la boquilla veo las volutas deslizarse, flotar hasta el techo de nogal y fundirse con los demás aromas herbales que danzan en la tienda. Esta mezcla de olores desata los escalofríos, orea mis recuerdos arrumados.

Al entrar, ordené al mesero suficiente té para dos. No hizo comentarios indiscretos, aunque miró con desconfianza el sillón frente a mí que permanecía vacío, el que deberías estar ocupando tú, el que siempre será tu sitio, pues sé que no has cambiado nada, Jerónimo, nada. Muy bien lo decías: “Me encanta venir aquí, porque el tiempo se entumece en estas cuatro paredes y la vida se disfraza de ocio”, y al pasar por acá, después de estos meses arduos, noté que era momento de una pausa, de darle aliento a mi vida, de poner por escrito la culminación de esto, así tuviera que pisotear las cenizas, sofocar los rescoldos de tu esperanza.

Tomo el té con leche de almendras porque sé que te disgusta: “¡No lo bebas así! Le corta el sabor. Reflejas mal gusto”, decías enfurruñado y con voz mimada. Yo me encogía de hombros y lo bebía. ¡Me exasperabas! Exigiendo a cada nada



y remilgando a más no poder. Con seguridad eso también me hartó de Eloísa. Hace tres meses me citó en el parquecito arriba de tu casa. Con sus labios cándidos lo dijo: “No posterguemos más esto, Danilo. Se nota a leguas que ya no me quieres y yo apenas te puedo determinar”. Tan solo asentí. No abrí la boca salvo para decirle adiós. La besé por última vez y me fui contigo en la cabeza. Supongo que en eso consistió el acertijo, en descifrar que el cariño hacia ella era el mismo tuyo, en encontrar similitudes entre los secretos de ambos, en percibir en cada contacto su cuerpo en ti.

Mas no nos engañemos, si jugué con Eloísa fue en gran parte por tu culpa, Jerónimo. Querías probar, experimentar, poseer gustos que de frente escupías y de espalda añorabas. Aquella noche nublada de marzo, en que celebrábamos el grado de Eloísa en tu casa, fue la entrada para ambos al purgatorio, donde el amor que avivaría más tarde sería otra suerte de tormento. “Ya todos duermen, Dani, anda, vamos a mi cuarto y te acomodas”, apurabas con los sentidos embotados por el vino pero con las pupilas lúcidas. Yo cedí: “Dale, estoy que me caigo de sueño”.

Tu habitación estaba helada. El colchón vasto y esponjoso me sedujo. Nos tumbamos en la cama, y la complicidad, estimulada por el licor, por la cercanía, nos reptó por los poros con temblores inocultables. En un santiamén los trajes se abrieron con manos descuidadas, mis huesos se caldearon con tu piel, descubrimos ámbar delicioso al juntar las bocas y sentimos un picor grato provocado por la barba del otro. Luego las lenguas luchaban a un mismo compás, los dedos alcanzaron la dureza blanda, la frotaron y, en eso, inmersos en el desenfreno, los roces se tornaron caricias rítmicas a lo largo de nuestra hombría erigida. Con calma te relamiste los labios y tu garganta, cálida, refugió entre sus pliegues el vigor latiente de mi entrepierna.

Desde entonces la amistad fracasó. El significado que le dimos rebotó sus límites y se turbó con la esencia de otros

conceptos más comprometedores. “Deberíamos parar, por tu bien, por el de Eloísa”, te advertí. “No quiero salir hiriendo a nadie”. Replicaste que el daño era inocuo, que era pura diversión. Tú mismo te ajustaste el cepo, Jerónimo, porque cuanto más extendíamos nuestro placer mayor era la profundidad que lograba dominar tu anhelo hacia mí.

Llegué a conocer tu piel bajo el tono de cada luz, tu cuerpo sumido en mi cama sin importar el clima, el olor más puro de tu pubis destilado en mis sábanas junto al aroma dulce de Eloísa. Juro que los amé a ambos con el eco de cada latido. Sin embargo, Jero, optaste por confundir el querer con la hambruna implacable de tus pasiones; capricho que te envilece hasta hoy. “Deberíamos probar con otras personas”, dijiste tirado en el sofá mientras te desabotonabas la camisa. “No sé si sea lo más indicado. Suficiente tengo contigo y Eloísa”, señalé. “Nosotros somos especiales”, afirmaste, “Nadie suscitará lo mismo en ti, créeme, el encanto nos corre por la sangre”.

Te complací. Todo lo que rogabas, lo cumplía. No fue tarea fácil. Evitar que Eloísa contrajera sospechas era un plan truculento que al menor descuido estropearía nuestra complicidad urdida a lo largo de meses. En todo caso, mi relación con ella se quebró cuando estuvimos con terceros; intentar mantener la artimaña en pie hacía mi distanciamiento cada vez más irrefrenable. “La verdad no comprendo, Dani. Todo iba tan bien. . . , ahora si acaso salimos”, comentó entristecida la semana antes de tu viaje a Lisboa.

Por entonces ni la amaba. Te adoraba a ti. Con tu carita de mártir brincando en el asta de mi regazo que izaba tu alegría hasta rozar la dicha. Con tu boca hirviendo envolviendo la virilidad firme de algún amante durante mi hundimiento en tu estrecha y rosada madriguera. Con tus dedos friccionando trabajosos el cáliz blando de alguna muchacha, o con tu lengua de pincel repasando las areolas erguidas de esas frutillas que



tanto añorábamos morder. Y tu mirada sosteniendo la mía, Jero, mientras socavábamos al tiempo en cavidades ajenas que nos revelaban la riqueza de compartirnos: entre nosotros, con otros, pero siempre entre nosotros.

Contemplo tu taza vaporosa, yace intacta. Sin duda, esta hoja quedará perfumada de la frescura de la tienda, de tu té. No lo habrás tomado, pero lo olerás. Repaso mis brazos con las yemas. Aventuro que el cosquilleo suscitado es tu lengua remojándolos. Pero bien podría ser la tuya, tan ligera, tan precisa como la de ella, tan ambiciosa. Si al ojear esta misiva, el dolor se enquistaba en tu alma, recuerda que la mía no hace más que inhalar un poco de alivio en la pesadez que me dejaron trasteando Eloísa y tú, aunque ya no los quiera. Sí, Jero, porque cuando me trajiste aquí a comienzos de julio ya mis amarres de compromiso estaban sueltos y se retorcían en una tormenta irredenta. “Ya siento cosas hondas por usted, Danilo. Lo mejor es que me vaya por algunos años de la ciudad, a hacer una maestría o algo”, sentenciaste en esta mesa como un juez, con los ojos anegados mientras las lágrimas caían en tu taza, bañando la tiendita con el vaho del llanto que hasta hoy impregna la mesa.

Por eso, Jerónimo, siendo fiel a la sinceridad que concibe esta carta, espero que me odies y hagas un esfuerzo para abandonarme en tu memoria. Suficiente tengo en acostarme con alguien y ver en sus rasgos los tuyos, los de Eloísa. Lamer una cintura y sentir la tersura de ella. Escarbar adentros y encontrarme con la presión majestuosa de tus caminos dilatados. Ya es demasiado. Con esto dicho, agradezco lo que debió ser un regalo de la vida, que Eloísa me presentara a su hermano, mi alma gemela, mi destino inaguantable, tú, al que accedo a renunciar porque me enseñaste que el placer excede el linde del amor. Por última vez tuyo,

*Danilo Bustamante*